

con tanta impaciencia les hubo abandonado por la segunda vez, los desgraciados rocheleses habían agotado ya todos sus viveres, y padecían además crueles enfermedades. La duquesa de Rohan y algunas personas ricas podían aun á peso de oro procurarse carne de caballo y algunas onzas de pan; pero los demás estaban reducidos á comer cuero cocido, yerbas y mariscos. Ningun socorro podía llegarles por tierra, en atención á que el bloqueo se sostenía con el mayor rigor. En vano la duquesa de Rohan escribió al rey pidiéndole permiso para salir de la ciudad con su hija y doscientas mugeres mas, el rey se lo negó obstinadamente, y todos los que trataban de atravesar los muros eran rechazados ó ahorcados.

Esta cruda miseria causó mas de una revuelta reprimida siempre por la energía del alcalde Guiton que los rocheleses habían colocado á su cabeza. Diez y seis mil personas habían muerto ya de hambre y de miseria, y Guiton, que no pensaba en rendirse todavía, se había negado siempre á capitular, esperando la flota que Carlos I debía enviar por tercera vez á su socorro. Retardada la venida de esta flota por la muerte de Buckingham asesinado el 23 de agosto en Portsmouth en el momento en que iba á hacerse cargo de su mando, se presentó, en fin, á la vista de la Rochela el día 18 de setiembre, compuesta de ciento cuarenta velas, con seis mil hombres de desembarco y un gran número de refugiados franceses, entre otros el duque de Soubise y el conde de Laval, hermano del duque de la Tremouille, que acababa de hacer su sumisión al rey. Pero era demasiado tarde; el dique estaba terminado, guarnecido de fuertes y de formidables baterías; la armada era muy fuerte, estaba llena de entusiasmo y deseaba de todas veras el combate. El comandante inglés conde de Lindsey, despues de una escaramuzada sin importancia, lanzó contra la estacada un buquecillo cargado de pólvora, pero este brulote estalló en medio de la bahía sin causar daño ninguno, yendo seguido de la flota inglesa que cañoneó inútilmente la estacada por espacio de tres horas, habiéndose tirado por ambas partes mas de quinientos cañonazos. A la mañana siguiente volvió á empezar el combate, pero con el mismo resultado que la víspera. Una tentativa que hicieron los rocheleses contra el dique fue también infructuosa, hasta que por último habiendo debido retirarse los ingleses de la isla de Aix, á causa de una fuerte tempestad, no quisieron de ningún modo volver á entrar en la pelea, prefiriendo entablar negociaciones con Richelieu, que consintió en acordarles una tregua de quince días para que Lindsey pudiese enviar un emisario á Carlos I, pero antes de que se hubiese recibido la respuesta del rey de Inglaterra, la ciudad acosada por el hambre, capituló. «Hubo mujeres, dice Fontenay-Mareuil, que se comieron á sus hijos. Fue necesario poner una guardia en los cementerios temiendo que fuesen á desenterrar los muertos, para comérselos.»

«El dueño de la casa en que me alojé cuando entramos en la Rochela, dice Pontis, para haerme conocer hasta donde había llegado su miseria, me aseguró que por espacio de ocho días se había sacado sangre mandándola freir para alimentar á su pobre hijo, que sin eso hubiera perecido.»

Las condiciones que les impusieron á los rocheleses no fueron tan rigorosas como se esperaban: Richelieu escribió de su mano el 23 de octubre, en presencia de los diputados que le trajeron en las carrozas de Bassonpierre, porque no tenían fuerzas para poder andar: «Se prometerá la vida á los habitantes, el goce de sus bienes, la abolición de sus crímenes y el libre ejercicio de la religión.» El 29, una diputación compuesta de doce rocheleses fue á pedir perdón al rey, y al día siguiente entraron las tropas reales en la Rochela.

El alcalde Guiton que salió á recibirles á la puerta les echó una corta arena; el mariscal de Schomberg le respondió que ya había dejado de ser alcalde y le despidió. Los soldados desfilaron por un medio de las calles cubiertas de cadáveres y se apresuraron á partir con los habitantes el pan que llevaban en sus mochilas. Ningun desorden se cometió gracias á la severa disciplina introducida en el ejército. El 10 de noviembre una declaración del rey decidió de la suerte de la Rochela. Por ella se restableció el ejercicio de la religión católica; los eclesiásticos y los hospitales volvieron á entrar en posesión de sus bienes, se abolieron los privilegios de la ciudad, y se destruyeron las fortificaciones del lado de la tierra.

Así cayó la última fortaleza del protestantismo en Francia que durante medio siglo había servido de refugio á los descontentos de todos los partidos.

#### DESCUBRIMIENTO ARQUEOLOGICO.

En el pueblo de Maria, distante tres leguas de Zaragoza, posee un campo Antonio Paisa, y trató de allanar un pequeño promontorio para igualar la tierra, y no pudiendo adelantar con el arado por los tropiezos que encontraba debajo de la tierra, empezó á cavar con la azada y descubrió una gran losa que cubría una caja de piedra de forma de atahud; continuó cavando y halló varias sepulturas; unas con atahudes de una pieza, y otras con losas arregladas y colocadas en cinco piezas y con su cubierta tambien de piedra. En una de estas se hallaron dos cabezas muy consumidas y algunos huesos, que al pisarlos se convirtieron en polvo.

El sonido de los atahudes es como el de una caja pendiente de una cuerda. Como el dueño del campo es de poca posibilidad, solo ha descubierto de seis á siete sepulturas, y si le facilitan recursos continuará acaso descubriendo. Se cree que estas sepulturas serán de antes de la dominación de los moros, porque se halló una cruz de metal casi consumida, y los atahudes de una pieza, que serían de coste, servirían para personas ricas, y los que están en piezas para personas de pocos medios.

#### CARLOS VERNET.

La alegría de los franceses es cosa proverbial. Triunfantes ó vencidos, nunca han conocido la tristeza. Sus enemigos, vencedores, han sucumbido muchas veces bajo el lápiz de la caricatura. Aquí tenemos un dibujo, que, en punto á sátira mordaz no nos deja nada que desear. Puede darse nada mas verdadero, y al mismo tiempo mas ridiculo, que esos insulares que acabados de desembarcar en Calais ó en Bolonia se precipitan á tomar la diligencia para llegar á Paris? Es dado imaginar otra actitud mejor que la de ese John Bull recién llegado, ese Falstaff de la clase media británica que, con sus ojazos de carnero, las piernas abiertas, y los pies cuadrados, parece estar tomando posesión del territorio francés? Y luego puede concebirse nada igual á ese *gentleman* tan almidonado mostrando su conquista á su *peripuesta lady*, y su familia toda de una realidad tan grotesca, y por último los perfiles de ese elegante de la Gran Bretaña, y de ese general que cogió en los campos de Waterloo una rama del laurel inmortal?

¿Quién ha manejado el lápiz cruel y vengativo que ha deramado sobre esos personajes tan inaudita abundancia de

ridículo? Carlos Vernet, el segundo de este nombre, el segundo de la dinastía de los Vernet, hijo de José y padre de Horacio.

Nacido en Burdeos en 1758 y muerto en Paris en 1835, Carlos Vernet, es uno de los pintores mas originales que la Francia ha tenido en ese tiempo. Fué pintor de historia y de batallas, pero no fué en estos géneros en los que brilló, ni en donde supo conquistarse el puesto que le dejamos señalado. En lo que se mostró eminentemente superior fué en la pintura de caballos, como tambien en las caricaturas que han

servido de modelo á la mayor parte de los dibujantes que le sucedieron.

Como hombre, Carlos Vernet tenia el genio mas divertido que darse puede. Citanse de él mil rasgos de valor y de gracia, así como una porción de dichos agudos que sentimos no poder trasladar á nuestras columnas en atención á que perderían todo su chiste en la traducción.

J. J. ARNOUX.

(Se continuará en los próximos números.)



CARLE VERNET

MONTICNEUL SC.

L. MASSARD

Los Ingleses en Paris.

#### LA NOCHE DE NAVIDAD.

(Véase la pág. 66.)

— ¡Un sarampion! ¡Un sarampion! gritaba la declarada enemiga de los niños, ¡y qué bien que nos vendría un sarampion! Desde que dieron con la *VALUNA*, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere. ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loquero!

Los hombres que oían regañar á la tia Perona se pusieron á cantar:

Una pandereta suena  
Yo no sé por donde vá,  
Camina para Belen  
Hasta llegar al portal;  
Y dijo Caspar  
Que por buena que sea una vieja  
Ni el mismo demonio la puede agantar.

Restablecida un poco la calma que esta invasión de infantiles conquistadores había producido, se apareció el alcalde

precedido de una soberbia barriga, y seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde había sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y había tiempo que andaba empeñado en que ambos dejaran de serlo. Pero no había que pensar en que Beatriz mudase de estado. Beatriz se hubiese dejado antes arrancar el corazón con su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecía preferible á todos, mas tranquilo que ninguno otro, y mas cercano á la perfección á que aspiraba. El alcalde era un Crespo de pequeñas dimensiones. Tenía cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parecería con la viuda. En cuanto á Florin era amigo íntimo de la tia Pavona, y como los muchachos lo molian y perseguían terriblemente á causa de su extraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de 20 años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela

que le ofreció la dueña de la casa, le suplico que cantase.

Esta, que poesía muy buena voz, y tenía un placer en cantar cosas santas, consintió desde luego, y habiendo las demás vuelto a cojer la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó a cantar así estas villancicos:

Pues la noche está fría  
Y está serena,  
Cantaban los villancicos  
De Nochebuena (bis).  
El niño ya ha nacido;  
Venid pastores,  
No le temais al frío  
Ni a sus rigores (bis).  
A un portallito pobre  
Se han retirado,  
Donde el buey y la mula  
Lo han albergado (bis).  
En ese portallito  
Su cama ha sido  
Una peca de paja  
Que han recosido (bis).  
Aunque en Belén te tra  
Tan pobrecito (bis)  
Te creo rey poderoso  
Pero muy rico,  
Que a conquistar bajaste  
Todas las armas,  
Pero sin armas (bis).

Las mugeres cantaron enseguida estas coplas:

La Virgen lava pañales,  
Y los tiende en un romero,  
Los pajarcitos cantaban,  
El agua se iba riendo.  
La Virgen esta lavando  
Las pobrecitas manillas,  
Y San José las tendía  
Al sol en las maravillas.

Entró a la sazón un pastor, pariente de Beatriz, con su zamorra, sus alforjas, su chivata. Venía del campo, como lo atestigüaba el olor a tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relación, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fue ésta:

¡Alegría, alegría, alegría!  
Que ha parido la Virgen María,  
Sin dolor ni pena  
A las doce de la Nochebuena,  
Un infante hermoso  
En la fuerza y rigor del invierno.  
Y los angelitos,  
Cuando vieron a su Dios chiquito  
Metido entre pajas,  
Le bailaban haciéndose rajas.  
Se asombra el ganado,  
Los pastores bajaron al prado,  
Y ven de repente  
Unas luces muy resplandecientes,  
Y luego al momento  
Por quitarse de ese pensamiento,  
Si era cosa mala  
En movimiento de aquellos con alas  
Los dice: zigzags,  
Arrimamos aquí a estos portales,  
Ninguno se asombró,  
Que esta fiesta se hace por el hombre,  
Con este consuelo  
Los pastores bajaron de un vuelo,  
Llegan al establo  
Y del cielo hallan un retablo:  
En un presbiterio  
Ven á un niño con su refugio,

Y por todos lados  
Ven ángeles arracimados  
A la dulce madre,  
Y á su esposo, que nunca fue padre.  
Ven dos amantes  
Recostados sobre los umbrales,  
Pidiendo licencia  
Se cuturaron con gran reverencia:  
Llegan á la Virgen,  
Se arracillan y llámanle la diena:  
Señora del cielo,  
¿Cómo á Dios tenéis por el suelo?  
¿Misterio profundo!  
En buen hora paristeis al mundo;  
Mi niño, no flores  
Que nos quemas con agua de amores; (1)  
Adios, gran Señora,  
Padre Pepe, adios por ahora  
Que vamos á casa  
A ofreceroslas todas sin tasa.  
Adios mi niño,  
Descansad y dormid un poquito.  
Adios, señor buey.  
Señor mulo, con Dios os quedéis.  
Y así van saliendo  
Los pastores, y á Dios bendiciendo.

— ¡Otra, otra! clamó el auditorio á una voz.  
— ¡Otra, tío Gaspar! ¡Así Dios os de salud! Tía Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frío como sed, gritó el alcaide.

— Toda la mistela se la ha dado la tía Pavona á Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

— Es muchísima mentira, dijo con su agría voz la tía Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desparejados ojos furibundas miradas hacia el grupo de niñas. Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca, por tu tejado  
Va subiendo una culebra;  
Madre como pica el sol;  
Más pica una mala lengua.

— ¿Burlase de las canas? ¿Quién vio eso? decía furiosa la tía Pavona á su amigo Florin.

— El mundo anda perdido, contestaba este.

Entre tanto Gaspar había bebido su vaso de mistela, y recitaba la relación pedida.

Hacia Helen caminando  
Iba una niña preñada,  
Montada en un jumentillo,  
De un acaño acompañada.  
Vámos, vámos á prieta,  
Porque ya la noche viene,  
Y quizás no encontraremos  
Casa donde nos alberguen:  
Abre, abre, mesonero,  
La puerta de tu mesoa,  
Que está María de parto:  
La traigo en el corazón.  
Salí al punto el mesonero  
Diciendo: ¿quién es quien llama  
Con tanta prisa á mi puerta,  
En una hora tan mala?  
Yo soy, le respondió el santo,  
Que vengo á pedir posada  
Para un pobrecito anciano  
Y una dueñita preciosa.  
El mesonero responde,

1. Qué poeta calificó jamás más bellamente las lágrimas!

Vaya San José con Dios,  
Que yo no quiero esta noche  
Mas ruido en mi meson.  
¡Ay! ¡Diosos albergue  
Halo en caridad;  
¡Que el venoso sea pobres  
Te nueva á piedad—  
No doy posada ninguna  
Si no me aprontan la paga;  
Que con recoger á pobres  
Mi bolsa no gana nada.  
El mesonero era muerto,  
Y al cerrar el alabón,  
Se le saltó el otro ojo,  
Que fué castigo de Dios:  
Y bien merecido:  
Por tan temerario:  
Ya puede vender  
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pie, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios cual una humilde intercesión que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo, que la iglesia ha instituido, es eterno como todo lo suyo:—vence al poderoso tiempo.—Destruye al ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que por él oran. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz alta la siguiente oración, que fue seguida de la dominica. (1)

Ánimas benditas Heles  
Que en el purgatorio estais,  
Tremendas penas pasais  
Y tormentos mil creais.  
El Señor que os redimió  
Tenga por bien llevaros  
A la gloria que os ganó.

No parecía sino que la campana de la iglesia, al imponer con su grave voz silencio, había tenido dos fines para hacerlo, y que después de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspensión de la alegre algazara á que llegase á oídos de todos, apenas hubieron caído la oración, un quejido!

¡Dios mío! ¿á quien no estremece un quejido? ¡un quejido que es un llamamiento á la humanidad! ¡un quejido que es á veces el triste desahogo de la mansa resignación, á veces el desatinado gemido de la angustia; á veces el brote de la desesperación, y á veces el estertor de la muerte! ¿Que corazón no saltó en el pecho que lo encierra al oír un quejido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no arrojarse al hombre á prestar socorro? ¿qué corazón hay de hierro que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

¡Dios mío! ¿quien puede oír esa suprema expresión del sufrimiento, aunque sea en un pobre animal, privado de todo, hasta de la compasión, ese eco que existe en el corazón del hombre para el dolor, y no acudir en su auxilio? No lo concebimos, y confesamos que todas las demás culpas de los hombres, al lado de esa, nos parecen pequeñas. Y ahí hallamos la atroz y doble inhumanidad de la pena de

(1) Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse á Dios, porque dominico es lo perteneciente á Señor amo.

muerte, y es enseñar á todo un pueblo á presenciar inerte, y sin volar á socorrerlo, la muerte dada voluntaria y premeditadamente á un hermano criminal. ¡Oh sí! ¡La civilización, si es que progresa, (1) acabará con esa tremenda licencia del hombre contra el hombre! ¡La pena de muerte, ese crimen de lesa humanidad, desaparecerá! ¡Pero esta santa reforma no la harán los moralizadores revolucionarios, la hará la civilización con su legítima bandera, la religión cristiana!

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia al oír el triste quejido que les llegaba de fuera, en donde reinaba la noche tan fría y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oírse poco después el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hacia la calle. La primera fue la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcaide. Pocos pudieron imitarlos, porque apenas había salido Beatriz cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mugeres en general, y de las españolas en particular, sobre todo si esta se ejerce sobre un ángel de Dios desvaldido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor que como un santo coro saludaron á la abandonada criatura; en cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba contra su latiente pecho el arrecido y desfallecido esposito; calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piecitos al brasero.

(Se continuará.)

#### DIGNIDAD É IMPUDENCIA.

Un labrador normando había reunido un gran perro de presa y un perrillo muy mal humorado que vivían juntos á la puerta de la casa para guardarla. El perro de presa, apoyado en sus grandes patas como un león, miraba pasar los hombres, los chicos y los animales con la tranquilidad que da la fuerza, en tanto que, por el contrario, el perrillo sacaba la cabeza al menor ruido de pasos, gruñía en cuanto distinguía una sombra, y ladraba sin reparar á todo el mundo.

Un día un caballo que entraba muy cansado del trabajo, se volvió al oír los gritos con impaciencia.

— Porqué, pues, dijo, el perro vigoroso que nos guarda á todos se está ahí tan digno y tan tranquilo, mientras que ese impudente no cesa de aturdirnos!

— No te sorprendas de nada, respondió un buey que ru-

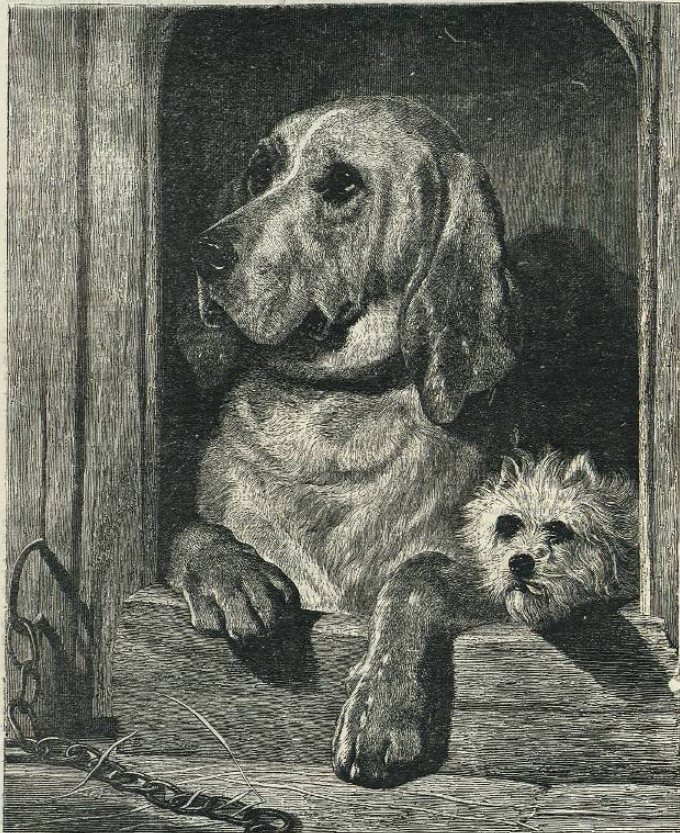
2. Aunque de esto dudamos, apoyamos nuestro juicio, entre otras muchas autoridades, en la del famoso Carlos Notter. Ese ilustrado y sabio literato, ese gran bibliófilo, miembro de la Academia, cuyo gran saber y amplio talento se granjeó tan universal simpatía entre todos los partidos en Francia, en particular en el liberal á que pertenecía, dice así en sus *Mélanges*:

«No hay poligenesia (voz de la química, que vale lo mismo que regeneración) específica para la actual organización del hombre. Si las especies tuvieran ese privilegio, el animal hubiese viajado, la planta hubiese sentido, el animal hubiese pensado, y siguiendo esta perfección progresiva, estaríamos nosotros en camino de la compresión. Nada de esto ha sucedido desde el día de la creación, que encerró á los seres en ciertas posibilidades de progreso.»

Estas posibilidades hubiera podido añadir el sabio pensador, están contenidas y marcadas en el Evangelio.

miaba á poca distancia de los perros; las capacidades verdaderas se recomiendan bastante por sus servicios sin necesidad de meter ruido; pero los necios inútiles escandalizan porque no pueden hacer otra cosa.

Cuantos hombres hay en este mundo que imitan al perrillo!



LENAIN

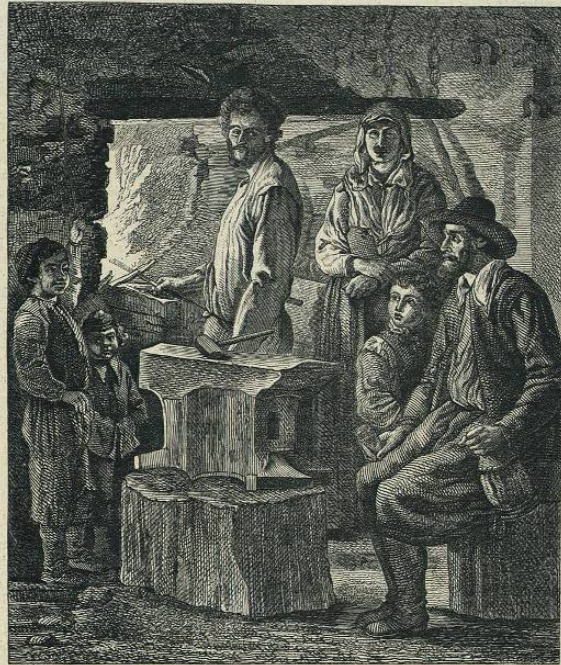
Dignidad ó Impudencia, por LASOZZA.

impotente vanidad. Si todos los hombres tuvieran la estatura de Goliath no se levantarían los pequeños en la punta del pie.

Ya sabemos que hay otro medio mas seguro, y es la resignación modesta que se contenta con el puesto que Dios le señaló, conformándose á él sin murmurar. Pero no todos han recibido el don de abnegación y de paciencia: para obtenerle, ay que apartar la vista de las cosas de la tierra, y

Gritan porque su voz es poco fuerte, insultan porque se les desprecia, y enseñan los dientes porque tienen miedo de que se les zurre! La impudencia es la miseria de los débiles, como es el desden de los fuertes. Bien considerado, en el fondo de esas insolencias sin pudor, se vé la rebeldía de una

LENAIN.



LENAIN

A.M.

TABERGER

La Fragua.

M. Chamfleury acaba de publicar un folleto lleno de concienzudas investigaciones sobre la historia de los tres hermanos Lenain, que, hasta ahora, habia permanecido en la mas profunda oscuridad. Nos cabe el mayor placer en dar á conocer á nuestros lectores los resultados del detenido trabajo de este jóven autor; pero antes de consignar aqui algunos de los interesantes extractos que ha sacado M. Chamfleury de los preciosos manuscritos de la Biblioteca nacional, á cuyo beneficio los tres pintores de Laon han salido de las tinieblas en que yacian, diremos algunas palabras de la *Fragua*. Este cuadro, que es uno de los mas notables que existen en el Museo del Louvre, puede atribuirse sin duda alguna á los Lenain, pero, á cual de los dos hermanos? Esto es lo que se ignora. El aspecto general del cuadro, dice el autor del *Ensayo sobre la vida y obras de Lenain*, es algo duro y negro, y aun hasta negro y verde en las sombras, pero esta dureza misma, que hace que los cuadros de Lenain no sean muy apreciados de los alacionados á lo bonito, es por el contrario una de las principales cualidades de este pintor. Por mi parte, me atreveria á asegurar que solo

hay un defecto en este interior de fragua. Un herrador está calentando á la lumbre una herradura para machacarla dentro de un minuto en el yunque, y otro hace andar los fuelles de la fragua, en tanto que un muchacho con las manos cruzadas por detras contempla la escena con indiferencia. La muger del herrero, gruesa campesina vestida con el traje que se lleva en el norte de la Francia, se halla en frente del espectador, con una mano encima de la otra; el padre está sentado en un rincon, con una gran botella en una mano, y en la otra un vaso de vino. Estos seis personajes tienen todos una fisonomia inteligente, sobre todo el herrero, pero sus actitudes están un poco estudiadas; todos ellos miran al publico sin mirarse entre sí, y, aunque se hallan bien agrupados, casi puede decirse que no hay acción; falta en el cuadro el movimiento de una fragua donde se trabaja con actividad, lo que hace suponer que el herrador con su familia, no fué primitivamente mas que un retrato de Lenain y sus parientes, tanto mas cuanto que segun la tradicion popular el pintor habia sido herrero. Una prueba nos suministra el mismo cuadro que puede corroborar

rar esta opinión, y es la distinción que presentan los tipos, la melancolía que puede estudiarse en este lienzo, y en la obra, poco considerable, de los Lenain.

He aquí uno de los curiosos extractos de que hemos hablado mas arriba, y que está sacado, por la primera vez, de los voluminosos manuscritos del benedictino Dom Grenier: despues de haber manifestado que había tres hermanos Lenain nacidos en Laon, el docto religioso añade lo siguiente: aprendieron en esta ciudad siendo discípulos de un pintor extranjero que les enseñó los elementos del arte por espacio de un año. Enseguida pasaron á París para perfeccionarse viviendo juntos en una misma casa. Antonio se llamaba el mayor, que fué aprobado como pintor el 16 de marzo de 1629 en la abadía de Saint-Germain-des-Prés. Lo que hacían mejor eran las miniaturas y los retratos en escorzo. Tanto él, como sus dos hermanos entraron el mismo día en la Academia real de pintura y escultura, y sus certificados de recepción llevan la fecha de 1648, con la firma del célebre Lebrun. Luis descollaba en los retratos de medio cuerpo; murió tres días despues de su hermano y ninguno de los dos fué casado. Mateo le sobrevivió. Este último había obtenido el título de pintor de la ciudad de París el 22 de agosto de 1633, y el 13 de setiembre de 1662 entró tambien como pintor en la Academia real. Se cuenta que cuando estaba haciendo el cuadro de la reina madre, Luis XIII que estaba presente, dijo que *la reina no había sido nunca pintada tan favorablemente...*

Esto es todo lo que se sabe de positivo sobre estos tres hombres, cuyas obras son rarísimas en el día, y que sin embargo ocupan uno de los mas altos puestos en la historia de la pintura francesa.

J. J. ARNOUX.

#### LA NOCHE DE NAVIDAD.

(Véanse las págs. 66 y 77.)

Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traía de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvía á hacer circular activa su sangre: por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prompuendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendría la pobre criatura abandonada sobre dos años; traía puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raído.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Había su madre de ser transcuente, y haberse alejado tan luego que allí espuso al niño. Es imposible que las personas mas cultas y delicadas discursiesen mas consuelos y mas halagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es que la verdadera delicadeza es hija de la bondad, y tiene su fuente en el corazón! No obstante nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondía á su llamamiento; nadie pudo borrar en su congojado animo la estrañeza y repulsa que le inspiraban las caras estrañeras de que se veía rodeado; quien lo logró fueron los demas niños. Este mondanole una castaña, el otro dándole un biscocho, un terevero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasando sus manitas por las

mejillas le dijo: misí gatito pan con ajo, etc.; las lágrimas se secaron y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemían en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y mas bellas y alegres que antes, porque en ellas brillaba la santa satisfacción que comunica al hombre la buena acción que se ha hecho; por que digan lo que quieran los optimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretación y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace trae aun en este mundo su recompensa interna y esterna; el que diga lo contrario es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres mas caritativos que hemos conocido, y que toda su vida espació al redor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solía decir: «Muchos se quejan de la ingratitud, y yo me quejo de la gratitud que me persigue é infortunada.» Este hombre, era nuestro padre! Perdonémosle el santo orgullo que nos mueve á nombrarlo, y este recuerdo al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos.

— ¡Oh, caridad, virtud de las virtudes, placer de los placeres! Tú, que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¡qué sería el mundo sin ti!

— ¿Cómo te llamas? preguntaba Beatriz al niño que todos seguían rodeando.

— Memé, memé, respondió el niño.

— Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

— ¿Comadre, y que vá usted á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

— ¿Y que he de hacer? contestó la buena viuda; que darde con él, ampararlo, prohibirlo. ¿No veis, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloro de desamparado, de hambre y de frío, me lo envía el niño de Dios? ¿Había de cerrarle mi puerta? ¿Había de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita Dios! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltación que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al nacimiento: «Señor, dijo, tú me lo envías; por ti lo prohibo, por ti le seré madre, por ti hago esta obra de misericordia, por ti; por ti.»

— ¡Bien hecho! ¡bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer, que quien bien hace, para sí hace.

Cuando dijimos que todas las caras sonreían, dijimos mal, porque una había que lejos de prestarse á hermosear su cara con esta gala del rostro, la había encapotado mas de lo acostumbrado; era esta la de la tia Pavona, que decía á su amigo Florin: «Habráse gran picarona que haya abandonado á su hijo! amigo, no tencios; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¿Pues qué, no hay mas que echar hijos á puerta ajena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! Hereje! ¿Si se habra figurado esa judia que esta casa es la inclusa? No, no, en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños! ¡de ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son mas que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me destetaron, Florin, y cuando fueron mozos se los llevó el rey, y los franceses de Napoleón, malditos sean, me los mataron; de manera, que despues que los di todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo de servir en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.

Pero al oír la perentoria declaración de Beatriz, de prohibir al pobre espósito, la tia Pavona se levantó erguida como

Junio, francó el entrecejo como Júpiter, y como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho muy resuelta á quedar completamente estraña á la crianza de ese niño.

#### EL DIA DE REYES.

Los tres reyes del Oriente caminan con agua y frío, hasta llegar al portal á ver al recién nacido. Los reyes magos caminan guiados por una estrella hasta llegar al portal donde hallaron la mas bella.

Seis años habían pasado; seis años en los niños traen extraordinarias mudanzas. El pobre espósito, que tan feliz amparo halló en la casa de Beatriz, se había hecho un hermoso muchacho, que á la sazón contaba ocho años. Era este niño tan hermoso, y había sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos lo conocían, hasta de la tia Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regalo le era anexo como al suave arroyuelo su murmullo, se miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que había recibido al pobre niño, la tia Pavona, para no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que era tambien medio parienta suya: «Si, sí, cria hijos, cria hijos para el rey! ¡Si hay una guerra con el frances, ya verás! Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos! ¡Hijos no son mas que pesadumbres!

La viuda, aunque había llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenía fresca, suave y serena.

El alcalde había aun ensanchado un poco las pretinas de sus calzones; pero por mas que había hecho, no había podido estrechar los lazos que le unían á su parquera, que no quería mas parquera que la del rancho.

La pergaminoso tia Pavona no estaba ni mas vieja, ni mas flaca, ni mas fea; porque desde que tuvo la honra de presentarla, no cabía en estas tres *antigracias* el mas. Tampoco cabía el mas en su amistad con Florin. Seguía esta en su apogeo, dando un mentis á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura, por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo son bastante atrasadas para que aun se celebren las fiestas religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existían por entonces periodistas melifluous, de tan delicados organos auditivos, que las zambombas y pandeteras les causasen jaquecas, ni sabanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entonces las zambombas y pandeteras, que hoy día atruenan los nervios de los periodistas, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entonces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; no éramos de alma y de corazón, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no había *dandys*, *coquetas*, ni la profusión y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentaban su valer y adelantos en lo *fashionable*; pero sabíamos entonces derribar al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español ser un desprendido héroe para defender la independencia, el altar y el trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido

que desde entonces á aca hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailen como un anacronismo. Hijos predilectos de la precocidad, tened presente que si los españoles dejamos de ser españoles haciéndonos *dandys* y *coquetas* etc. además de dejar de ser una cosa muy buena, seremos una cosa muy ridícula, no solo porque lo son vuestros modelos, sino porque siempre se ha dicho que mas vale un mal original que una buena copia. Quereis guiar la opinión presentando las vuestras, acabaditas de salir del cascaron, como modelos. Tened presente que para aspirar á guiar la opinión se necesita, segun la espresion vulgar, tres pares de tacones, ó segun una náutica, algunas arrobas de lastre. Contentaos con vuestra bellísima corona de Hebe; adornada con los frescos laureles de Apolo; adornad á Terspsicore; idolatrad á Júpiter; cantad á Venus y á su hijo; ensalza las gracias, pero dejad á Minos, á Eaque y Radamante pesar los destinos del mundo.

El día en que volvemos á anudar nuestra relación era el de Reyes. Afanabase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir á Manolito de ángel.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo, de punto color de carne, le habían puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, sujeta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talie un cinturón de plata. Ceñía su cabeza una corona de rosas, y en la espalda llevaba sandalias con cordones de plata, y en la espada tenía colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se había puesto el mismo al pie del altar. La Virgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recién nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoración. Como para esto se elegían entre los mas bonitos y acomodados que había en el pueblo, uno de ellos había sido Manolito el de Beatriz, que reunía estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo mas lindo que el que formaban esos dos niños en adoración ante el Dios de los ángeles! No había ni un corazón frío ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entonces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, trayendo sus ofrendas al recién nacido; bailando luego al pie del altar con movimientos lentos y graves, baile que causaba la estrañeza y ferviente sensación de devoción que causa la bellísima danza de los seises en la catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesía y magnífica sencillez. Toda innovación se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca: el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Conservéte siempre España como su mas preciosa joya, como su mas santo tabernáculo, como el mas grandioso panteon del mas santo de sus reyes.

Seguieron á los pastores los mas pudientes del pueblo vestidos de reyes magos, y montados sobre bien enjaezados caballos y seguidos de su séquito. Precedíalos una luciente estrella. Llegados que hubieron á la iglesia, se apearon. El primero que entró, que representaba un magestuoso anciano con barba y cabello blanco, se arrojó ante el recién nacido, y ofreciéndoselo, le dijo: Os traigo incienso como á Dios. El segundo, que representaba el rey Gaspar, se arrojó igualmente, y al deponer su ofrenda, dijo: Os traigo mirra como á sacerdote. Por último, el rey negro Melchior ofreció oro, diciendo: Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atención del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, hubiese notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó, por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pescibe tan inmóvil, tan penetrado de la adoración que le inspiraba el misterio, tan embobado en su contemplación, que no parecía sino que era realmente lo que allí se representaba. Este hombre tenía buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestía, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenía en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la función hubo concluido, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia quien era aquel forastero.

Solo podía contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haría el dueño de Mivarts hotel en Londres al decir que tal ó cual rey ó primadona, emperador ó baritono, Nabab ó desterrado político honraba su establecimiento. Supo que el forastero era un *teniente capitán* retirado, que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía por lo visto no había decidido donde asentar sus reales, fijar sus cuarteles de invierno y colocar el reclinatorio de sus laureles.

Un *teniente capitán* mal vestido y de cincuenta años en un ejército, no llama mayormente la atención; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizo su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposición de la estrella, que iba delante; allí un *teniente capitán* llama extraordinariamente la atención, es un personaje muy visible, y si me apuráis diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tía Pavona, que se esforzaban por sustraer á Manolito á los cariños de las mujeres, y envolverlo en una abrigada manta.

— ¡El demonio del *mitronche* ese, que no nos quita ojo! dijo una muchacha.

La pobre tía Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos volvió la cabeza, miró con sus dispartados ojos al forastero, y dijo:

— Pues es un real mozo.

— Un real viejo, replicó la muchacha.

— Calla, pispireta, que los *meletores* no llegan á viejos en su vida de Dios.

— ¿Y cómo sabe usted que es *meleto*, si no trae casa? ¿Le ha echado á usted algún requiebro?

— No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisecada.

— ¡Ya! Al menos que los suyos no estuvieran hueros.

— Se lo conozco en lo girocho, ¿estás?

— Tía Pavona, si la oye á usted Florin se va á amoscar.

— ¡Ay! Que nos viene siguiendo, dijo otra.

— Ya, como que ha notado que á la tía Pavona la ha entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda.

— Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la retaguardia.

— Tía Pavona, la decencia manda que le diga usted que toque la retirada estando por medio Florin.

— ¿Queréis callaros, satanas descaradas? exclamó sofocada la tía Pavona. Sobre que las mozelas hoy día no gastan ni respeto ni recato! alegrarme había de que el *meleto*

os plantase una fresca que os sacase los colores á la cara, lato de cascabelas, cabezas de chorlitos sin meollo ni sentido.

— Vaya, déjelas usted tía Pavona, dijo la buena Beatriz; los pocos años, señora, los pocos años; alegría, y no mas que alegría.

Habían llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas y Beatriz entró en la suya con el niño y la tía Pavona; pero, ¡cual no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa. Beatriz, que había quitado la manta que envolvía al niño para desnudarlo, se paró, y preguntó al atrevido:

— ¿Qué se os ofrece, caballero?

— Señora, respondió este, tan solo, y con licencia de usted, una pregunta y me retiro; porque yo no estoy demas en ninguna parte.

— ¿Y cuál es esa pregunta, señor?

— ¿Ese niño es vuestro?

No es posible espresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oír aquella inesperada pregunta.

— ¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan extraña pregunta? dijo al fin haciéndose dueña de su comocion.

— Si me aseguráis que es vuestro, tocó en retirada y escusado sería contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

— Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si es ese niño mi hijo ó no... y no responderé.

— ¡Hola! ¿Con que es un misterio como el santo?

— No, no es misterio: el niño es mio y muy mio; ya estais contestado.

— ¿Y cuál es su padre? puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cojida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

— Señora, prosiguió el militar con voz comovida, ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi mujer.

(Se concluirá.)

#### LA VUELTA AL PRESBITERIO.

Por un tiempo muy nublado, y sobre un camino estropeado por la lluvia, se arrastraba penosamente el pobre soldado, muerto de cansancio, cojeando y herido acaso; la noche se iba acercando y la aldea estaba muy lejos todavía, lo que llenaba de tristeza aquel valeroso corazón. El cura se encontró con él, y animándole con algunas palabras, le hizo que montase en ancas de su vieja yegua. La confianza trae la confianza. El soldado, con algun esfuerzo, logró subir á la grupa del animal; seguramente hubiera estado mas listo para entrar por asalto en una ciudad enemiga. Por fin ya está montado: con una mano se agarra al pecho del cura, y con la otra le lleva su paraguas. Ambos cabalgan como antiguos amigos. Ya han alcanzado á las primeras casas de la aldea: es tiempo de que descanse el pobre animal que sopla, suda y saca la lengua agobiado bajo aquel doble peso, y tambien lo es para el soldado débil y abatido aun de su larga caminata; pero este en breve se hallará repuesto á la lumbre del anciano pastor y con un buen vaso de su añejo vino. Algunos habitantes salen de sus chozas y miran con lástima al soldado, y con respeto á su señor cura. Sencilla é interesante escena, pintada como dibujaba Charlet en sus ra-

tos escojidos, ó como canta el poeta Beranger! M. H. Bellangé es uno de los pocos pintores que conocen bien al pueblo, que le aman y transmiten su amor á los demas: observador benigno y lleno de finura, conmueve dulcemente y sabe inspirar sanas ideas; siempre se conoce en sus lienzos su buen corazón. Es imposible reparar en la memoria los muchos cuadros en que ha pintado ya tantos episodios de la vida del pueblo y de la vida militar, sin acordarle mucha simpatía

y estimación. En la ejecución material, su estilo se distingue por una cierta severidad; su pincel no busca la estremada brillantez; moderado como su inspiración, no carece sin embargo de vigor; es muy sobrio y preciso, en una palabra, en el fondo como en la forma, sabe contenerse siempre en el justo limite de todas las cosas, lo que es tanto mas meritorio en nuestros tiempos, cuanto que todo el mundo prefiere atraer y sorprender por el atrevimiento, la exajeración del color,



Exposición de 1850 - 51. — Un cuadro, por H. BELLANGÉ.

do, y los grandes efectos: de este modo se dan al pronto grandes esperanzas, que, por lo regular, salen fallidas luego. Con la perseverancia en el terreno de la verdad, con la sobriedad en los medios, la discreción en el gusto, y la sencillez en la idea, se alcanza la aprobación pública, poco á poco, es verdad, pero una vez alcanzada, se conserva.

#### FOSFORESCENCIA DE LAS LUCIÉRNAGAS.

Todo el mundo conoce esos pequeños insectos que aparecen sobre la yerba en el verano poco tiempo despues de ponerse el sol, y que vulgarmente se llaman *luciérnagas* á causa de su fosforescencia. La luciérnaga, simple objeto hoy día de la curiosidad de los niños, ha tenido un lugar marcado, como todos los seres singulares, en la mitología de la edad media. Ese insecto figuraba en otro tiempo con los fuegos fatuos y las almas del otro mundo; de modo que, cuando el viajero le encontraba por la noche en su tránsito metido en los matorrales y en las orillas del camino, solia rezar de-

votamente por las almas en pena. Luego que perdió la luciérnaga su carácter simbólico, ocupó diferentes veces la atención de los físicos y naturalistas, distinguiéndose entre ellos M. Mattenecci que publicó varias observaciones interesantes sobre este insecto.

En la vasta gerarquía de los diferentes seres clasificados por los naturalistas, la luciérnaga forma el tipo de un grupo de insectos análogos, que forman un género del orden de los coleopteros, bajo el nombre de *Lampyris*; pues estos, entre otros caracteres comunes de organización, tienen la propiedad de lucir como las luciérnagas: todos tienen el abdómen muy blando y compuesto de muchos anillos, que forman otros tantos pliegues terminados lateralmente en ángulos agudos, hallándose colocado el órgano luminoso en los últimos anillos.

Si se coge una luciérnaga y se coloca vuelta sobre una mesa para observarla mejor, se advierte al instante que solo despide la luz por intermitencia; algunas veces se apaga enteramente, y enseguida brilla de nuevo. Algunos naturalistas habían creído, segun esa observación, que la emisión de la

luz estaba subordinada á la voluntad del animal; pero esta conclusión es errónea como vamos á ver. La fosforescencia de los segmentos luminosos continúa en efecto aun después de separados del animal; pues aplastando ó chafando una luciérnaga se ven desarrollarse diferentes rayos de luz en una materia amarillenta contenida en los últimos anillos, y esa luz dura mas ó ménos tiempo; por consiguiente la intensidad y la vida del animal no son necesarios para la producción de la fosforescencia.

Esa circunstancia facilita el estudio y la observación de la materia luminosa separada del cuerpo del insecto, y el poder esponerla á diversas acciones para determinar las propiedades; de modo que, sometiéndola á la misma observación la materia luminosa contenida en el animal vivo ó intacto, se puede llegar á conocer exactamente por comparación la naturaleza del fenómeno producido.

Hé aquí los resultados obtenidos por M. Mattenci en su doble sistema de observaciones.

La luz que despiden la materia fosforescente en el gas oxígeno puro, separada del insecto, es mas viva que en el aire y brilla mucho mas tiempo, sucediendo lo mismo cuando se hace la operación con las luciérnagas intactas.

M. Mattenci, al analizar el gas oxígeno en que habia sido puesta la materia fosforescente durante algun tiempo, advirtió un cambio en la naturaleza del gas, que consistía en una absorción de oxígeno y una producción de ácido carbónico, sucediendo lo mismo en el aire atmosférico.

Las luciérnagas ó la materia fosforescente que se extrae de los puntos gaseosos, que no contienen oxígeno, solo brillan poco tiempo, pues si se opera con precaución se advierte que la fosforescencia cesa al cabo de algunos minutos. M. Mattenci hizo la experiencia con el hidrógeno puro en el que metió varias luciérnagas durante veinticuatro horas; teniendo por resultado el que la fosforescencia solo persistió algunos instantes, de modo que hecho el análisis se vió que la naturaleza y el volumen del gas no habia variado sensiblemente.

Esas diferentes experiencias nos hacen ver claramente la naturaleza del fenómeno, que produce la fosforescencia de la luciérnaga, debida á una verdadera combinación entre el oxígeno del aire, y cierta cantidad de carbono contenido en esa materia amarillenta que contienen los últimos segmentos del insecto; espáñandose por este medio porqué las luciérnagas no despiden luz en los espacios gaseosos sin oxígeno, y como en los otros absorben ese gas desarrollando el ácido carbónico. Resulta pues que hay allí una combustión lenta, parecida á la de la madera en putrefacción, á la del algodón que tiene grasa, á la del carbon dividido etc. A la verdad, esa combustión no está acompañada del desarrollo de calor que caracteriza las combustiones ordinarias; pero la combinación se opera entre dos masas tan pequeñas que el desarrollo de calor, si existe, puede muy bien ser tan solo parcial; pues no hay duda que tambien se ven otros cambios químicos en los que se efectúa la emisión de la luz sin aumento sensible de calor. Admitimos pues y convenimos con M. Mattenci que las fosforescencias de la luciérnaga se producen por la combinación del oxígeno con el carbono contenido en la materia amarillenta que contienen sus últimos anillos.

Pero, cómo se produce esa combustión en el insecto cuando está vivo, y cómo se establece el contacto necesario para que haya combinación, entre el aire y la materia que aquel hace fosforescente?

Cuando se examina con el microscopio la naturaleza del

órgano luminoso, después de haberle despojado de las membranas, se ve una materia granulada de color amarillo, en medio de la cual aparecen varios grupos de glóbulos rojos, y numerosas ramificaciones y diversos tubos vacíos, cuyo aspecto es parecido al de la fibra muscular, siendo de advertir que de esa materia granulada es de donde sale la luz, como puede verse observándola por la noche.

Esa materia, en el insecto vivo, está contenida entre las dos membranas ventral y dorsal, las que son transparentes y cubiertas de pelo; y la última, tiene además sobre su superficie interna, gran número de tubos ó traqueas que penetran en la materia fosforescente, y es precisamente por medio de esas traqueas por donde el oxígeno del aire se encuentra en contacto con la sustancia carburada, cuya combustión produce la luz. Por otra parte, los numerosos glóbulos sanguíneos que están distribuidos en medio de esa sustancia, prueban que los segmentos que la contienen son el centro de un órgano particular de secreción. Bajo este punto de vista merece llamar la atención de los naturalistas una vejiguita roja, observada por primera vez por M. Mattenci. La materia granulada amarillenta, producto de esa secreción, está renovada incesantemente y conservada en sus propiedades por la operación de nutrición que se opera igualmente en todas las partes de los cuerpos vivos.

#### AGRICULTURA.

Se ha presentado recientemente á la sociedad nacional y central de agricultura por M. Lamare-Picquot una memoria sobre el cultivo y aclimatación en Francia de la PSORALEA ESCULENTA, (vulgarmente PIQUOTIANA, nombre tomado del de su introductor, M. Picquot) planta desconocida en Europa hasta 1818, en que han tenido lugar por primera vez, y con un éxito inesperado, los ensayos para su aclimatación.

Resulta de aquel documento, que tenemos á la vista, que esta nueva planta es ut a adquisición tan preciosa para la sociedad europea como la de la patata, por su riqueza farinácea y propiedades alimenticias. Es de esperar que el tiempo destruya prevenciones que se oponen siempre á la generalización de útiles descubrimientos, y que las clases pobres lleguen á encontrar en la PIQUOTIANA un alimento mas que haga menos posibles las grandes escaseces que en otras épocas diezaban la población. Tal ha sido el pensamiento fijo de M. Picquot al trasladar á nuestro continente este fruto desconocido entre nosotros, pero muy apreciado por los hijos del desierto, que, sin ciencia, antecedentes ni comparaciones, lo reciben del privilegiado suelo que espontáneamente lo ofrece como un don del cielo que les sirve de pan cotidiano.

La PIQUOTIANA, ó sea PSORALEA ESCULENTA, es oriñaria de las regiones del Alto Misipi y otras de la América Septentrional. De los ensayos de ardimatación verificados hasta ahora, resulta que mejora notablemente en nuestros climas. Es extraordinariamente sufrida para las mas fuertes variaciones atmosféricas. El excesivo calor, el mas intenso fria, la humedad ó sequedad, apenas hacen mella en su fríosa vegetación, ofreciendo en la época de la recolección abundante cosecha, que escativamente compensa los afanes de su fácil cultivo.

Hé aquí un resumen de las ventajas de esta planta y de su análisis químico:

1. Tiene todos los caracteres de la mas robusta planta contra los accidentes atmosféricos. 2. Ofrece el notable pri-

vilegio de no contener nada de etéreo al salir el sol, por lo cual comen los salvajes esta raíz: como un pan que les ofrece la Providencia ya preparado. 3. Contiene mas fécula que la patata. 4. Su harina contiene preciosas cualidades para una buena panificación, sin mezcla de otra alguna. 5. Después de su facilísima desecación puede conservarse años enteros con destino á las necesidades de la navegacion, usos domésticos ó prevision de reserva en las plazas fuertes. 6. En fin, en su estado primitivo ó salvaje ha ofrecido la psoralea en el primer análisis hecho el 12 de mayo de 1847 por el célebre químico M. Payen el siguiente resultado:

Corteza y liber.....	28,22
Sustancia farinácea.....	67,24
Fibras y otras.....	4,57
	100,00

El tiempo, repetimos, hará mas patentes estos hechos que se ofrecen ahora á la consideración de los hombres instruidos.

#### AGUA CONTRA LA JAQUECA.

Amoniaco.....	4 onzas.
Alcanfor.....	2 id.
Acete de anís.....	4 id.
Alcohol.....	1 libra.

Se disuelve el alcanfor y el aceite de anís en el alcohol, y luego se añade el amoniaco.

Cuando ataca la jaqueca se respira esta composición y se ponen paños en la frente.

#### BARNIZ DE ALCOHOL Ó ESPIRITU DE VINO.

El alcohol es el verdadero disolvente de las resinas; los barnices que producen esta disolución son brillantes y se secan pronto: solo tienen el inconveniente de ser quebradizos si no se mezcla á su composición trementina ó todo otro cuerpo que les de elasticidad.

La sandaraca ó goma de encebro, es la base de la mayor parte de los barnices de alcohol.—Antes de servirse de ella, debe limpiarse de todo cuerpo extraño, apartar los pedazos que no son transparentes, y lavar varias veces los escogidos con legía muy clara: esta legía se compone de dos libras de potasa puesta á remojo en 46 cuartillos de agua; se filtra la legía y se lava la sandaraca, se vuelve á echar la potasa en otros 46 cuartillos de agua, se filtra de nuevo y se vuelve á lavar la sandaraca: esta operación se hace varias veces, á fin de que la sandaraca quede bien limpia.—Así lavada, se deja secar, y luego se lava con alcohol.—Este es el modo de preparar la sandaraca para los barnices claros ó de alcohol.

Esta clase de barnices se hacen al baño maria, teniendo cuidado de que el fuego sea siempre igual y tenga bastante fuerza para disolver las materias.

La vasija que contenga el alcohol y las resinas, no debe llenarse mas que hasta las tres cuartas partes, dejando la otra para que el líquido pueda libremente hervir, y haya suficiente capacidad para contener la trementina; además, sin esta precaución, el alcohol se saldría al ponerse en ebullición.

La sandaraca y demas materias, dan solidez á los barnices alcohólicos, y la trementina les da brillantez.

Al hacer el barniz conviene echar de una vez la cantidad de líquido necesaria y las materias de que se debe componer.—Se deja calentar la vasija hasta que la sandaraca esté

completamente derretida, lo que se observa, cuando al menear la composición con la espátula no se encuentra resistencia, y que el líquido que se desprende de ella al sacarla está algo espeso.—En este estado se echa la trementina en cantidad suficiente, la que antes se hará derretir con alcohol al baño maria.

Hecha esta operación, se deja que los ingredientes den diez ó doce hervores á fin de que cuezan juntos y se incorporen bien; su estado de cocción se conoce cuando la espátula encuentra una resistencia igual, lo que indica que los ingredientes están en un estado de fluidez perfecta.

Hecho el barniz se filtra para separar los cuerpos extraños y demas materias no disueltas, separándolas enteramente.—Se deja reposar á lo menos 24 horas antes de servirse de él.

No conviene hacer barniz alcohólico para guardar largo tiempo.

#### ESCENA DE INVIERNO.

La tierra ha desaparecido bajo una blanca alfombra; la nieve ha hecho inclinar los árboles que se dibujan confusamente en las vertientes, de las colinas lo mismo que rocas de alabastro; las aguas encarecladas perdieron su voz; el cielo ha tomado las tintas del acero, y el aire corta como una espada.

Para los países del norte, este es el tiempo de los viajes y de las fiestas: el invierno que suspende la mayor parte de los trabajos da momentos de ocio á todo el mundo. El invierno arroja un puente de hielo sobre los rios, allana los ribazos y nivela los valles; así, por todas partes se abren mil caminos que acortan las mas largas distancias. Por eso todo se ajita y bulle, y los trineos atraviesan en todos sentidos la llanura helada.

Entre los chicos que corren patines alegremente, hay uno que se dejiene; sus manos han barrido el suelo cubierto de nieve, y habiendo reunido un montoncillo de palos secos en el monte vecino, acaba de encender una hoguera cuyas hermosas llamas se lanzan en los aires envueltas en el humo.

A la vista de la lumbre se ha parado un trineo; dos señoras se apean de él bien abrigadas en sus pieles llevando en brazos una débil criatura arreída de frío, y tirando á pesar de sus ricos vestidos. Al resplandor de la hoguera improvisada, lanza un grito de gozo estendiendo las manos y se sonrie con el aldeanito que anima la llama.

De rodillas sobre la nieve el muchachito va partiendo los palos para la hoguera y participa también del gozo del otro niño. Para él, siempre espuesto á las inclemencias del cielo, el frío no vale nada; la actividad de sus robustos miembros y la grosera tela bilada por su madre, bastan para conservar la salud y el calor.

Este es el mejor presente que ha recibido del cielo en esta tierra! Qué son todos los privilegios creados por los hombres en comparación de ese dote de Dios? Los hombres distribuyen á su gusto los instrumentos de placeres, pero solo Dios da la facultad de gozar de ellos. Si el aldeanito carece de trineo, del vestido de terciopelo y de los tiernos cuidados del dos mujeres queridas, al ménos tiene la fuerza interior que vence los obstáculos, el endurecimiento precoz contra los dolores, y la aptitud para alcanzar la dicha, cosa que la prosperidad llega á apagar bien luego. Además posee ese principio de experiencia y ese sentimiento de responsabilidad, conquistado por aquellos que tienen que soportar desde muy temprano el peso de la vida.

Feliz ha sido ese encuentro de dos seres que deben tener destinos tan diferentes, si es que por ventura puede dejar un recuerdo en sus dos almas, si el hijo del señor, cuando ya sea grande, no olvida ese hogar del sirvo, á donde tanto se regocijó cuando era niño, y si el sirvo no habiendo tenido que lamentar jamás la condicion que le ha reducido á



Imcuenta de Blondeau

Escena de Invierno.—Dibujo de TONY JOHANNOT.

su obediencia, se arrodilla siempre tan gustoso á atizar la llama para que se caliente á ella su señor. Entonces la distancia que les separa á ambos, disminuirá bien luego, y el derecho será consagrado por el amor; todo está en esto: los abismos no existen nunca entre las clases; están principalmente entre los corazones.

BARTOLOMÉ ESTEVAN MURILLO.



La Virgen de la Faja.

El cuadro que se ve reproducido en nuestro grabado es una de las composiciones mas poéticas del gran pintor con cuyo nombre se envanece los españoles á justo título. Como en casi todos los lienzos de Murillo se observan en la *Virgen de la faja* fisonomias llenas de candor y de una dulce santidad; una composición fácil, una buena disposición en las respectivas actitudes de las figuras, una armonía general

en los colores, contornos muy bien entendidos, encantadores perfiles, paños pintados con gran soltura, una luz admirable, un colorido sin rival, y por último una suavidad y armonía que han hecho de Estevan Murillo, el jefe de la escuela sevillana, uno de los grandes maestros del arte de pintar.

Murillo nació en Sevilla: su fé de bautismo auténtica, dice





Primera. Había llegado un *teniente capitán*.  
Segunda. Era este el padre del niño de la tía Beatriz.  
Tercera. Era igualmente el hijo de la tía Pavona.  
Cuarta. Y era además marido para la viuda incasable.  
La larriga del alcalde tuvo un movimiento de oscilación muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenía pacíficamente sitiada desde doce años; pero se contuvo pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles y militares.  
Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo brindis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trobo ó romance en que decía que si el niño Dios le deparó un niño desnudito y pobre como él, á la viuda, los reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido que traía una gran parte de la plata del Perú y un corazón abrasado en llamas como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tía Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasión abusó de la condescendencia de la amistad haciendo un consumo de tributo democrático en la masa común.

El vino puso al teniente capitán muy alegre y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebotó su melancolía en esta copla:

Conforméte corazón  
A padecer y pensar,  
Pues quisiste á un imposible

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo enseguida esta otra:

Qué lástima de carita  
Que fuese para un paisano,  
Evidentemente llevar  
Un soldado veterano.

—Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa, decía con un suspiro que hizo vacilar la llama del velón, el alcalde á la recién casada viuda, que no hacen mas que llegar y pegar!...

Andrés Pavon, que lo oyó, contestó muy pronto con esta otra copla:

Es táctica, y no es hechizo,  
Es el saber atacar,  
Y aunque manden retirada  
No hacer caso y avanzar.

La tía Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que mas quería, que se rejuveneció como el Fenix, vivió veinte años mas, y murió ha poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.

#### KILLARNEY (IRLANDA).

Londres no está hoy mas que á doce leguas de Dublin. Por el camino de hierro se va de Holy-Head en ocho horas; de allí un vapor transporta en cuatro horas al viajero á Dublin, de donde salen otros ferro-carriles hacia diferentes partes de la Irlanda, y si ninguno de ellos llega todavía hasta Killarney, puede decirse que poco falta. Cuando se sigue la línea mas directa, (y hay otras muchas en donde escoger,

mas agradables aunque mas largas) se recorre entre estas dos ciudades 145 millas en camino de hierro y 12 millas en carruaje. (1) Las estaciones principales son las de Clou-dalkin, cuya torre se descubre desde muy lejos; el pueblo de Kildare notable tambien por su torre y por los restos de la célebre abadía de Santa Brígida fundada en el año de 484, y donde las monjas alimentaron durante muchos siglos un fuego que no se estinguó hasta la caída de su monasterio; Portarhigton, que elige un miembro para el parlamento; Margborough, capital del condado de la Reina; Turlis y las preciosas ruinas de la abadía de Santa Cruz, en el condado de Tipperary; Cashel y las antiguas construcciones que coronan su roca; la antigua ciudad de Kilmallock, Marleville, Battevant y Mallov. En esta última ciudad se acaba el camino de hierro, y se continua el viage en carruaje á través de una comarca inculta, cuya uniformidad apenas está interrumpida por algunas ruinas, y se encuentra el palacio de Drummineen, el río de Blackwater, Clomene, la aldeita de Millstreet, un puente sobre un río que separa los condados de Cork y de Kerry, y el pueblo de Knocknacoppal. En este sitio empieza á embellecerse el paisaje, y comienzan á verse las montañas; por ambos lados se descubren casas de campo, bonitas colinas y construcciones que anuncian Killarney.

Esta ciudad que se compone de mil doscientas casas y de diez mil habitantes, es propiedad de un solo hombre, el conde de Kenmare, par católico romano. Es un espectáculo de desolación. Los edificios, las habitaciones se desmoronan y se arruinan; las calles y plazas están cubiertas de mendigos y de enfermos. Pronto se atraviesa Killarney dejando el bolsillo en las manos trémulas y enflaquecidas de los pobres, y apartando los ojos, porque lo que se va á ver allí, no es esta flaga de la civilización, sino una naturaleza rica y espléndida siempre, un paisaje cuya belleza no tiene rival en la Inglaterra toda, y los bosques, las cascadas, las montañas, y sobre todo el lago de Killarney.

El lago se divide en tres partes que se llaman: lago Inferior (Lower) que es el mayor; el lago de en Medio ó de Cork, que no está separado del primero sino por una calzada de la anchura de un puente, y el lago Superior (Upper) un poco mas apartado de este último con el que comunica por medio de un arroyo y que es el mas silvestre de los tres (2). Estos lagos se hallan situados en medio de colinas y de montañas de las cuales las mas altas son Carran-tuel (3), Macgerton, Cork, el Nido de Águila, el Bol de ponche del Diablo, el Monte Púrpura y Toomies. Sus pintorescas riberas se hallan casi por todas partes cubiertas de árboles. En medio de los lagos se elevan islas llenas de verdura, siluetas de antiguos castillos, y rocas de las formas mas extrañas: solo en el lago inferior se descubren mas de treinta. Inisfallen es la que deja á los viajeros los mas dulces recuerdos; su suelo ofrece en miniatura todas las perspectivas y todas las sorpresas de un vasto paisaje; sus riberas son de lo mas precioso que puede verse. Hace algunos años estaba cubierta de hermosos árboles, de una vegetación vigorosa, y que estendian sus raíces hasta por debajo de las transparentes aguas; pero las tempestades y el hacha

1 La milla inglesa equivale á 1609 metros.

2 Lago inferior. — Largo, 1 milla 7/8.

Ancho, — 1/2.

Lago de en medio. Largo, 1 — 7/8.

Ancho, — 7/8.

Lago superior. — Largo, 2 — 1/2.

Ancho, — 1/2.

3 3414 pies ingleses.

del leñador la han despojado de tan bello ornato, y cada día el tiempo tambien acaba de destruir los restos de una antigua abadía fundada en el sétimo siglo por Tristan Loh-bar el Leproso. Entre las otras islas del lago inferior, la mas notable es la isla del Castillo de las Rosas, una roca de forma redonda que se llama la cárcel de O'Donaghue. Según la leyenda, este O'Donaghue era un impio que, á pesar de la prohibición Divina, quitó la piedra que cubría un manantial sagrado y se la llevó á su castillo; pero el agua que

salió al instante, inundó el valle, destruyó las aldeas, sin olvidar el castillo de O'Donaghue, y formó los tres lagos. Las otras tres islas han tomado sus nombres del carácter particular de su belleza ó de alguna tradición; tales son la isla Verde del Gordero, la de los Conejos, la isla Abrasada y el jardín de Darby. El lago de Cork y el lago Superior tienen otros atractivos; sus riberas están llenas de ecos, de cataratas y de cavernas de que tal vez en otra ocasión hablaremos á nuestros lectores.



Lago inferior de Killarney. — Ribera de la isla de Inisfallen. — La roca de O'Donaghue. — El palacio de Ross.

#### ANTIGÜEDADES.

PEDRALBES.—1328.

Un año cabal se cumplía de la muerte de Jaime II el Justo, de Aragón, y en el palacio y capilla real de Barcelona se celebraban las fiestas de aniversario del que fué su soberano, conde en tal corte, pero titulado rey, por serlo de otros estados que ganaron sus predecesores.

Vibraban las campanas en lo alto de las esbeltas torres de la Seo, y á cada tañido, que arrancaba una lágrima á la reina y demás familia real, soltaba una glosa la entretenida plebe, que estaba ante las puertas de palacio.

Unos recordaban las virtudes morales del monarca; los soldados viejos pintaban la entrevista de su rey con Sancho el Bravo de Castilla, cuando ambos monarcas se confederaron; los marinos referían el sentimiento de Sicilia, cuando don Jaime tuvo que abdicarla á favor de su hermano D. Federico, por haber heredado en Aragón, y esplicaban el feliz trasiego desde aquellos estados á Barcelona; y las mujeres, en fin, hacían consideraciones sobre la estreña coincidencia

de que D. Jaime hubiese tenido diez hijos en doña Blanca de Nápoles, y ninguno de doña Isabel de Castilla, de doña María de Chipre ni de la entonces viuda doña Elicen de Moncada.

La parte mas atrevida de la plebe, al hablar de esta reina añadia que era muger muy callada, pues todos sus planes los hacia en secreto, y que tal comportamiento revelaba acaso una nueva fiesta fuera de palacio, bien diferente por cierto de la que entonces se celebraba. Decía el vulgo, que la reina, despues del aniversario, contraería nuevo enlace y volvería á su primitivo rango, y que con ella habían hablado ya en secreto todas las mejores artistas de la ciudad que debían trabajarlos aparatos de la boda, arquitectos, joyeros, bordaderos, pintores y escultores, en especial los que levantaban cierto magnífico monasterio que, á expensas de un devoto oculto, se estaba construyendo dos años habia en el vecino monte de Pedralbes.

Aguarda así contento y murmurador el vulgo como siempre, y entretanta la corte y demás convidados van pasando por su orden de la capilla al salon del *Tinell* (de *tenir*,